¿Dónde quedó La Culebra?

José María Murià
El Colegio de Jalisco

Hace unos diez años, tal vez por haber preparado en los años setenta un libro titulado *Historia de las divisiones territoriales de Jalisco*, se me invitó a formar parte de la Comisión que habría de estudiar las confusiones de límites que prevalecían entre Colima y Jalisco.

Una de ellas, como bien se sabe, es la de lo que todavía entonces era el ejido llamado de La Culebra, una franja de tierra de un kilómetro y medio de longitud y el promedio de unos cien metros de ancho que remata en el cerro de San Francisco y separa del Océano Pacífico -que le queda al sur- a la laguna que hoy se conoce generalmente como de Barra de Navidad y en tiempos antiguos como del Terronate, que le queda al norte.

Al día de hoy la cuestión sigue sin resolverse, pero se ha elevado ya una demanda ante la Suprema Corte de Justicia de la Nación y todo parece indicar que, con el cuidado del caso, se están dando los pasos conducentes.

Pues precisamente cuando ponía los ojos en esta zona, lo mismo gracias a una abundante cartografía que se consiguió principalmente en la Mapoteca "Manuel Orozco y Berra" de la ciudad de México, en el Archivo General de la Nación y en el Archivo Histórico de Jalisco, y en una serie de descripciones geográficas de fines del siglo XVIII y diferentes épocas del XIX, apareció un problema mayor del que nadie había hecho referencia en este siglo.

Resulta que entre las olas del mar y un punto señalado como Chacala, según algunos mapas, o sin nombre según otros, pero siempre a unas cuatro leguas de

1. Cfr. entre muchos otros, los mapas de José M. Narváez, Longinos Banda y Juan I. Matute en José María Muriá. *Los límites de Jalisco*. Zapopan: El Colegio de Jalisco-CO-NACYT-LIV Legislatura de Jalisco, 1997, pp. 70-75.

Cihuatlán, aguas arriba del río Marabasco, el límite que se muestra o del que se dice entrambos estados no era el dicho río, como se concibió después, sino una línea recta imaginaria que alcanzaba el mar frente a la Peña Blanca: una roca que todavía hoy existe y que debe su color a la gran cantidad de guano que en ella han depositado las aves desde tiempos inmemoriales.¹

De esta manera, la discusión sobre La Culebra y el cerro de San Francisco carecía por completo de sentido, pues se revelaba que no sólo ellos habían pertenecido a Jalisco, sino también toda la cuenca del río Marabasco -y no solamente la parte que se encuentra a su lado poniente- pues la colindancia sería la falda de la pequeña sierra que hoy se denomina del Toro, aunque en el siglo pasado era homónima de otra que se llama Juluapan y que se encuentra también en la colindancia con Jalisco, pero al norte de Colima.

Sin duda alguna puede establecerse, pues, que durante casi todo el siglo XIX fue oficialmente reconocido y generalmente aceptado por colimenses, jaliscienses y aun por cartógrafos nacionales como Antonio García y Cubas y Manuel Orozco y Berra que, en estos parajes, el límite entre ambas entidades era precisamente la dicha línea Chacala-Piedra Blanca.

Vale la pena reiterar el asunto: hasta casi a fines del siglo XIX, toda la cartografía y las descripciones disponibles, de cualquier tipo, marcan así la separación de los estado de Jalisco y Colima.

Tiene su lógica este límite de Peña Blanca si se recuerda que los límites de Colima y de toda la Intendencia de Guadalajara, a la que perteneció el Partido de Colima desde 1795 y que, con tal calidad, se separó de Jalisco en 1823, tenían que ser equidistantes de las cabeceras de los partidos vecinos. Tal era el caso de Tuxcacuesco y Autlán. En consecuencia, el límite entre ellos tenía que ser la referida línea de Peña Blanca. No en vano así lo planteó el subdelegado de Colima, Bernardo Campero de la Sierra, alrededor del año de 1818 lo publicó en la descripción que hizo de la Intendencia de Guadalajara en ese año ni más ni menos que el pro-

pio intendente. Antonio Gutiérrez y Ulloa y, como dije, lo reiteran los mapas de Colima, de Jalisco y generales de México hasta casi concluir la centuria.²

Incluso, en tiempos recientes, hasta una acuciosa obra como la de Peter Gerhard, *Geografía histórica de la Nueva España*, publicada en 1972, establece una línea divisoria muy similar a la de Peña Blanca cuando traza la colindancia poniente de la Alcaldía Mayor de Colima en el siglo XVIII y la mayor parte de la época colonial.³

No se ha podido hallar disposición alguna que valide legalmente el cambio de límite del cerro Juluapan o del Toro-Peña Blanca al río Marabasco, en virtud de que es casi seguro que no exista. De hecho, fue la división preparada por Manuel Orozco y Berra durante el imperio de Maximiliano la que, por vez primera, habló de que la colindancia entre el departamento de Jalisco y el de Colima -de los cincuenta que fueron establecidos en todo el país- sería el río Marabasco hasta su desembocadura y, después de eso, así lo empezaron a manejar aun quienes, como Ramón de la Vega, habían dado por bueno veinte años atrás el límite de Peña Blanca.

Vale insistir en que la legislación imperial creó unidades administrativas por completo diferentes a las que existían y que sólo algunas de ellas coincidieron en sus nombres con los departamentos o estados anteriores, que se habían ido formando desde muy antiguo de conformidad con los avatares de la historia nacional. De cualquier manera, su valor legal en la actualidad es nulo, pues con la caída del Imperio de Maximiliano la República mantuvo su legislación y nunca dio por buena la famosa Ley de Maximiliano.

Es de mencionarse, como señal de alerta, el caso de un destacado profesor, de nombre Servando Ortoll, que lo era entonces de la Universidad de Colima: en 1988 hizo con fines mercantiles 150 copias de un mapa de Juan I. Matute, publicado originalmente en 1863 por encargo del gobierno de Colima. Como el referido mapa establecía claramente el límite de Peña Blanca, al editarse tales copias se adulteró el negativo para que

2. Antonio Gutiérrez y Ulloa. *Libro de la razón de hacienda nacional, de la provincia de Guadalajara hoy estado libre de Jalisco*. 2da. ed. Guadalajara: Gobierno de Jalisco, 1983.

3. Peter Gerhard. *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821*. México: UNAM, 1986. p. 81.

4. Cfr. Muria, *op. cit.*, pp. 74-75.

esta frontera desapareciera y quedara la impresión de que el límite entre ambos estados era el río Marabasco.⁴

No sé bien a bien cuál fue la intención del señor Ortol al realizar esta falsificación, si sería para quedar bien con el presidente Miguel de la Madrid, cuyo mandato finalizaba entonces, o simplemente para vender más y mejor sus copias. Lo malo es que nos dimos cuenta de la fechoría tipográfica.

Dejemos este hecho solamente consignado y veamos el asunto particular de la desembocadura del Marabasco, en el caso de que se ratificara su valor colindante en estos parajes.

En primer lugar, debe consignarse lo que todos en Cihuatlán saben: que el tal Marabasco es más voluble que un diputado. El Centinela, por ejemplo, y otros cerros más pequeños, lo mismo que no pocos terrenos planos, han visto que el tal Marabasco los ha dejado de un lado o de otro según soplaron los vientos. En este sentido, al menos bajo la inspiración del famoso terreno "Chamizal" -que se agandallaron los gringos cuando cambió el curso del río Bravo, hasta que los tribunales internacionales fallaron en favor nuestro y tuvieron a bien restituirlo-, debería de establecerse hasta donde fuera posible precisar, cuál era el curso del río en 1917 o antes.

La dicha corriente de agua, además, durante el tiempo de aguas, cuando dispone de toda su fortaleza, desemboca en el mar sin mayor problema, pero durante unos nueve meses al año llega hasta la costa y, a menos de cincuenta metros de las olas, dice que "siempre no" y vira a la derecha, hacia el poniente, por un tajo artificial construido a principios de siglo.

Su hechura se debió a un señor Heliodoro Trujillo, rico residente en Manzanillo, quien quiso proteger sus terrenos de las aguas del río. Resulta que las aguas broncas de la temporada de lluvias, acarrear materiales que acaban formando una barra y, al perder fuerza, su salida al mar se cierra. Como su tendencia mayor en este momento es derivar hacia el oriente, ello dio lugar en el pasado a la existencia de una laguna llamada Po-

trero Grande, que hoy prácticamente ha desaparecido por obra y gracia del puerto aéreo.⁵

El caso es que las tierras de Trujillo se inundaban, por lo que este señor mandó hacer, a principios de este siglo, un Tajo que las derivara a occidente, nutriendo los esteros que aún hoy existen.

Otros elementos principales que deben tomarse en cuenta, también debidos a la acción de los seres humanos sobre la naturaleza, son los siguientes:

1o.- Los bordos construidos al tiempo del aeropuerto internacional de Playa de Oro, a efecto de proteger la pista de las inundaciones, en virtud de la referida tendencia de las aguas a inclinarse a la izquierda del río, máxime que había varias comunicaciones con Potrero Grande.

2o.- De la misma época es el llamado Dren que con buena profundidad saca el agua del estero formado al término del Tajo, que lleva agua hasta la laguna del Terronate o de Barra de Navidad. No obstante que el dicho Dren, protector también del aeropuerto, se hizo a muy buena profundidad, a ciertas horas, cuando la marea sube y las aguas del Terronate también, el agua circula en sentido contrario.

3o.- Aguas arriba del Río Cihuatlán, a unos ocho kilómetros quizá, hay un bordo que frena las aguas del río. No he podido averiguar cuándo se construyó ni con qué fin, aunque no sería remoto que fuera de la misma época en que se construyó el aeropuerto, para evitar que una avenida llegara hasta sus instalaciones.

Cabe aquí la pregunta capital. Si el río Marabasco o Cihuatlán constituye el límite, ¿cuál de sus dos desembocaduras es la que debería contar, la natural o la artificial?

Debe aclararse ahora que el desconocimiento de la comarca de referencia ha ocasionado varios errores. Tal es el caso de la creencia de que el Marabasco desembocaba en la laguna del Terronate, en el siglo XIX. Ello se debe a las apreciaciones hechas desde la misma laguna de que había una corriente de agua que en ella finiquitaba. De hecho, hay una litografía de principios del siglo XIX que muestra claramente un cauce en la laguna, donde hoy llega el famoso Dren. Pero no se trata

5. *Ibid.*, pp. 80 y ss.

del río Marabasco ni de ningún derivado suyo, sino del hoy llamado Arroyo Seco, de un origen completamente distinto que ha desembocado siempre, cuando lleva agua, en la dicha laguna.

De tal manera, para justificar la antigua desembocadura del Marabasco en El Terronate, deberían aparecer dos desembocaduras y no solo una. La realidad es que la llegada del Marabasco a la dicha laguna debe ser de este siglo. De otro modo, Trujillo no habría mandado contruir su Tajo. No hay ninguna razón para que las aguas del Marabasco, al llegar a su desembocadura natural, hubiesen remontado por sí solas un desnivel que ofrece la superficie a la derecha del río y que, aunque pequeño, resultaría determinante.

La verdad es que aclarar la colindancia y organizar debidamente la vida en esta región es algo que no pareció convenir a nadie hasta hace muy poco, hasta que el gobernador Guillermo Cosío hizo plantemientos formales y organizó una comisión que estudiara cuidadosamente el caso. En cambio, a varios convenían las tinieblas.

Dos casos, por lo menos:

1o.- Al morir Heliodoro Trujillo, en 1923, legó sus terrenos en esta zona a la Beneficencia de Manzanillo, una sociedad formada *ex-profeso*. Años más tarde, entre fines de 1927 y principios de 1928 el señor gobernador de Colima gestionó la venta de tales terrenos a muy buen precio a varios políticos importantes de ambos estados. Por Jalisco destacaron Rodrigo Camacho, conocido como "Gonchin", y el propio gobernador Margarito Ramírez, cuyo concurso era indispensable para que no saliera a relucir que muchas hectáreas pertenecían a Jalisco, aunque hubieran sido propiedad del gobierno de Manzanillo por el legado de Trujillo.

Por así convenir a Camacho, se afianzó que el lado derecho de la cuenca arraigara en el municipio de Manzanillo.

2o.-La espléndida localización de La Culebra, con cara al mar abierto y a la laguna de Barra de Navidad, así como la soberana ubicación del cerro de San Fran-

cisco, convierten el sitio en un privilegiado atractivo turístico, de modo que sus 1 500 hectáreas, aproximadamente, tarde o temprano tendrían que empezar a considerarse en metros cuadrados.

De lo que no tengo la certeza de que haya sucedido es que el proceso de "privatización" del antiguo ejido de La Culebra se haya llevado a cabo siguiendo los cauces legales y con la cabal aquiescencia de sus derechohabientes. Se cuentan historias de procedimientos seguidos para convencer a los rejegos, que más bien están tipificados en el Código Penal.

El caso es que un buen día amanecemos con la novedad de que La Culebra no existía más. En su lugar había un campo de golf, en el cerro de San Francisco, un helipuerto y muchas habitaciones de hotel inaccesibles para los simples mortales. Ahora se llamaba Isla de la Navidad precisamente porque resultaba totalmente inaccesible sin cruzar un brazo de agua. Ilógico era darle entrada desde Colima, siguiendo la costa. Era mucho más práctico brincar el Dren con un puentecito que, en efecto, se convierte en el único acceso aceptado donde, además, se decide quién es grato y quién no.

Si se trata de una isla, pues, tan cercana a tierra firme, ¿no debería de pertenecer a quien está enfrente y, además, le provee de los servicios necesarios?

Pretender que La Culebra o Isla de la Navidad pertenezca al municipio de Manzanillo y no al de Cihuatlán, independientemente de una gran ignorancia histórica y geográfica, implica también soslayar el principio elemental de cercanía y accesibilidad.

Razones históricas, pues, además de las geográficas, las políticas y las sociales sustentan que La Culebra es de Jalisco. Los argumentos en contra son sumamente frágiles, pero unos cuantos poderosos tienen sus preferencias y tal vez acaben imponiendo sus intereses particulares a los de la razón, la justicia y la sociedad.